

Xavier Sala i Martin

Crisis (14): Lo que no se ve

Bayona, 1839. Un gamberro lanza una piedra contra una panadería y rompe una ventana. El panadero sale enfurecido y se echa a llorar porque va a tener que pagar un nuevo cristal. Los viandantes se reúnen a su alrededor y, al principio, se solidarizan con su desgracia. De repente, uno de ellos explica que el infortunio no es tal ya que el dinero que el panadero va a gastar representará un ingreso para los cristalleros (quienes, al fin y al cabo, viven de los cristales rotos). Estos van a gastar ese dinero en la carnicería en beneficio de los carniceros, que a su vez van a gastarlo en el teatro en beneficio de los actores, y así sucesivamente hasta suponer un enorme efecto positivo sobre la economía agregada, a través de lo que los economistas keynesianos llaman el efecto multiplicador. Tras concluir que la gamberrada era buena para la sociedad, los viandantes abandonaron al panadero a su suerte.

Esta historia, conocida como la paradoja de los cristales rotos, fue contada por primera vez por el economista francés Frédéric Bastiat en 1839 en un fantástico libro llamado *Ce qu'on voit et ce qu'on ne voit pas* (Lo que se ve y lo que no se ve). La tesis principal del libro es que muchos analistas cometen errores garrafales porque se fijan sólo en "lo que se ve" e ignoran "lo que no se ve". En el ejemplo del cristal roto, "lo que se ve" es que el panadero va a tener que gastar dinero para reparar la ventana y eso va a afectar positivamente a quien recibe el pago, el cristallero. "Lo que no se ve" es que el dinero que el panadero gastará en cristales iba a ser destinado a comprar otras cosas, como por ejemplo, un traje. Al no poder comprarlo, el sastre no ingresa nada, el carnicero del sastre tampoco y los teatros a los que iba a acudir el carnicero del sastre tampoco. Es decir, que el efecto multiplicador resultante de reparar el cristal solamente sustituye a un efecto idéntico que hubiera generado el gasto en cosas alternativas. Al no haber efectos netos positivos, lo único que queda es un cristal roto. Y eso es malo.

Les explico todo esto porque los gobiernos del mundo entero intentan reactivar la economía a través de programas *Re-*

nove que subsidian la compra de coches nuevos a cambio de la destrucción de coches viejos. Según esos planes, el gobierno se constituye en un gran gamberro (lo digo por analogía con el chaval que lanzó la piedra contra la panadería) y destruye toda una flota de coches que todavía funcionan con el argumento de que, al tener que repararlos, se va a fomentar la actividad económica: como en la paradoja de los cristales rotos, los fabricantes y distribuidores de automóviles tendrán ingre-



ASTROMUJOFF

tos adicionales, los gastarán y eso tendrá efectos positivos sobre la sociedad. También saldrán beneficiados los propietarios de coches viejos que reciban un subsidio superior al valor que su cacharro tenía en el mercado. Todo eso es "lo que se ve". Ahora bien, "lo que no se ve" (y no se contabiliza) son las pérdidas de mecánicos y reparadores de coches, las de los vendedores de segunda mano a los que el Estado ha robado el negocio y las de los contribuyentes.

Además, está el malgasto en burócratas administradores del programa y sobre todo, lo que no se ve es el dinero que no ingresan las industrias que no van a recibir el subsidio y las que no van a obtener el dinero que los consumidores hubieran

gastado si no hubieran tenido que pagar tantos impuestos. Es decir, si el Estado realmente cree que destruir automóviles viejos para fabricar los nuevos es bueno para la economía, ¿no debería también destruir neveras, televisiones de plasma y videojuegos? ¿Y por qué parar ahí? ¿Por qué no derribar edificios, carreteras y puentes? ¿Por qué no demoler ciudades enteras por el bien de la sociedad? ¿Verdad que no tendría sentido? Pues tampoco lo tienen los planes *Renove*. Porque destruir maquinaria y dedicar dinero a reemplazarla no genera suficientes beneficios para compensar la destrucción. La pregunta es: ¿por qué el Estado tiene tanto interés en ayudar a la industria del automóvil con cargo a los trabajadores-contribuyentes de todos los otros sectores?

La respuesta que se nos da últimamente es (¿cómo no?): ¡hay que combatir el cambio climático! De hecho, el nuevo plan se llama *VIVE!* de Vehículo Innovador, Vehículo Ecológico. A pesar de que el cambio climático se ha convertido en el comodín justificador de las políticas más ridículas e injustificables de planeta, citarlo no es suficiente: esas políticas también deben ser sometidas a la lógica económica. Nos dicen que los coches nuevos van a contaminar menos que los antiguos porque tienen una tecnología mucho más verde y sostenible. Eso es "lo que se ve". Ahora bien, "lo que no se ve" (y lo que los ecologistas no contabilizan) es que para construir cada coche nuevo se necesita contaminar. ¿O no se emite CO₂ y no se contamina cuando se produce

el acero de la carrocería y el motor, la goma de los neumáticos, los plásticos de los interiores o la pintura exterior? La pregunta es: ¿la reducción de emisiones que van a tener los nuevos y eficientes coches será superior al incremento de polución que supondrá su fabricación? Según un artículo publicado en *The New York Times* por Michael Gerrard, director del Centro para el Cambio Climático de la Columbia University, la respuesta es no. También en la sostenibilidad, pues, las autoridades parecen ignorar la paradoja de los cristales rotos, esa vieja lección que ya se explicaba en 1839, sobre lo que se ve y lo que no se ve.●

www.sala-i-martin.com

Francesc-Marc Alvaro



El Raval, para Anglada

Cuando saltó la noticia del asesinato de un joven argelino en el Raval, pensé en algunos poetas y artistas. La mitificación literaria del antes llamado barrio chino siempre fue muy celebrada por los señoritos con cierta pátina intelectual que cruzaban la Diagonal para practicar el malditismo recreativo. Cuando se emprendieron las ambiciosas reformas urbanísticas del distrito, aparecieron muchos ilustres defensores del tipismo de una zona "con sabor y personalidad". Por si fuera poco, consideraban que su mensaje era lo auténticamente progresista y no los proyectos municipales. Toda esta pléyade de sabios locales que defendían la conservación de "lo auténtico" contra la apertura de nuevas plazas y el derribo de edificios inhabitables tenían una característica en común: vivían muy lejos del barrio, muchas veces en zonas residenciales donde los altos niveles de limpieza, tranquilidad y seguridad permiten observar la realidad de los otros como se vería una postal, el parque temático de su memoria sentimental y tal. El vecino del Chino o del Raval era un simple figurante en

La mitificación literaria del antes llamado barrio chino siempre fue muy celebrada por señoritos

todos estos discursos repletos de nostalgia por las prostitutas maternas, los ladrones caballerosos y las noches golfas de antaño.

Los que añoraban el Chino y su color deberían celebrar, si fueran coherentes, que el Raval ofrece ahora nuevas e interesantes estampas. Lástima que los sufridos vecinos y comerciantes del barrio no sepan apreciar en toda su riqueza la enorme potencialidad literaria del lugar donde tratan de vivir y trabajar. Será porque andan demasiado ocupados intentando que no les rompan la cabeza o les revienten el piso o la tienda.

La crónica que Luis Benvenuty publicó en *La Vanguardia* del sábado retrata con precisión el polvorín que se ha creado en el centro de la capital catalana. Por eso, además de los glosadores del espíritu perdido del Chino, el más interesado en la situación de esas calles debe de ser, a fecha de hoy, Josep Anglada, líder del partido populista Plataforma per Catalunya (PxC), cuyo programa se resume en un solo punto: "Controlemos la inmigración". A imitación de otras organizaciones extremistas europeas, PxC trata de pescar votos en los caladeros del malestar, el miedo y la ineficacia.

Antes de que todo el debate sea una pura confrontación demagógica entre los partidarios de Anglada y los que acusan de racismo a las instituciones porque querían que la ambulancia llegara más rápido al lugar del suceso, antes de que prenda la mecha, los partidos centrales deberían actuar.

Un vecino hace el mejor diagnóstico: "La Guardia Urbana y los Mossos están realizando un gran trabajo. Son las leyes las que fallan, las que dejan de nuevo a los delincuentes en la calle. Se sienten impunes". Señores diputados, defiendan a los débiles, reformen el Código Penal otra vez, la realidad lo supera a la velocidad de la luz.●

Josep Miró i Ardèvol

La reforma de la universidad

El debate sobre el estado de nuestra universidad nos atañe a todos, puesto que en él nos jugamos la prosperidad, y ejemplifica bien la ley del eterno retorno.

En el siglo XIII, el emperador Federico II de Sicilia fundó en Nápoles la primera universidad secular no sujeta a la Iglesia, sino al emperador. Tal secularización podía parecer un signo de progreso desde nuestra perspectiva, ¿pero lo fue? La universidad imperial, a diferencia de su coetánea de París, no tenía como misión incorporar a su actividad las concepciones del bien común y la ley natural, es decir las condiciones que hacen posible que cada persona alcance su propio bien y el desarrollo y aplicación de la recta razón. No, Nápoles debía servir a su señor. Su finalidad era "formar notarios y jueces para el

servicio real o para algún servicio inferior". Esta nueva universidad secular era una institución eminentemente práctica y, por consiguiente, restringía la vivacidad intelectual, el debate universitario propio de la época, que podía llegar a ser incluso violento. Los estudiantes eran vistos como medios, al servicio de los fines del imperio, en lugar de sujetos que indagaban sobre la verdad, el bien y la razón.

Aquella dualidad de fines también se da con la aplicación del plan de Bolonia. ¿Concebimos la universidad como el lugar y el tiempo donde profesores y alumnos pueden indagar sobre aquellas cuestiones, o sólo como una escuela superior de formación profesional? Determinadas nuevas titulaciones universitarias responden exactamente a este último propósito, pero la cuestión es si este mismo vestido

sirve para acoger conocimientos que atienden a los fundamentos, como derecho o medicina, por citar sólo dos. ¿Se podrá disponer de personas con una sólida formación básica, tal como están concebidos los grados (la anterior licenciatura) y los másters? Por esta vía, tendremos sobre todo superespecialistas. En algunos campos esto estará bien, en otros no.

Un experto en ciencias de la salud, un abogado, un economista que desconozca a Aristóteles, y Aquino, que nunca haya leído *La Divina Comedia*, será un peligro en potencia. Con título y fiel servidor del emperador, probablemente también. La universidad concebida para servir a los múltiples emperadores de nuestro tiempo. Ese es el riesgo y el posible error.●

josepmiro@e-cristians.net